

En conclusión, y con tu permiso, buen lector, vamos á dar fin y remate á este precipitado artículo, transcribiendo literalmente, por vía de aforismos, los pensamientos sueltos, que dimos á luz en la página 32 de este volumen acerca del propio asunto en que se ocupa este séptimo comentario.

«La aprensión es una variedad del miedo: es el miedo de estar enfermo.»

«En el cerebro del aprensivo pasan dos distintos fenómenos: el miedo que propone la enfermedad y la imaginación que se encarga de representarla.»

«Este doble fenómeno, miedo y alucinación, constituyen una verdadera enfermedad cerebral.»

«De ahí que el aprensivo y su médico no acierten á entenderse nunca: el aprensivo empeñado en probar que su enfermedad no es aprensión y el médico persuadido de que aquella aprensión es una enfermedad.»

«El aprensivo es como el criticón, que no necesita tener motivos para criticar, sino que para ello le basta ser criticón.»

«De la misma suerte, pues, que cuanto se diga y se haga para acallar la crítica es inútil, excusado será cuanto se intente para tranquilizar á un aprensivo.»

«Bajo este punto de vista, el aprensivo es un loco manso, de la especie «de los que aún no tiran piedras.»

«Dos puntos de vista opuestos ofrece el aprensivo: uno interior que hace llorar; otro exterior que hace reír.»

«Importa, pues, dictar dos reglas de conducta: una al mismo interesado, y otra á su espectador ó amigo.»

«Lector, si eres tú el aprensivo, ponte en guardia; ni creas en los males que tu magín te forja, ni en la salud que tus amigos dicen que ven en tí. Estás enfermo; lo estás de veras; nada menos que de los sesos; sólo tu propia energía moral podrá sanarte.»

«Lector, si eres tú el amigo del aprensivo, no le contradigas, no le irrites; si tienes influjo en su suerte, llénale de obligaciones y quebraderos graves de cabeza: remedio supremo contra tamaña enfermedad; á ver si logras ponerle en el caso de aquel comerciante tan activo que «nunca estaba enfermo, *porque no tenía tiempo*» (1).

(1) Estos artículos aparecieron en *La Salud*, semanario popular de intereses vitales, que publicó en Barcelona el autor durante los años 1877 y 78, y quedaron interrumpidos en este punto, suspendiéndose la publicación de aquél por trasladarse el Dr. Letamendi á Madrid á ocupar la cátedra de Patología y Clínica generales.—Forns.

Á LUIS COMENGE

ODA ZAFIA (1)

Almo colega que el sagrado gremio
De remendones de la grey humana
Honras, cantando, cual si fueran propias
Glorias ajenas,

Y á segundones, como yo, de Apolo
En mayorazgos transformar intentas,
Llena de ardiente patrio amor el alma
Libre de celos,

Plegue á la augusta Pallas Athenéa
Desasnadora de iletrados Dioses,
Polar estrella de los humanales
Nítidos genios

Darte, con creces, galardón heroico.
Bien lo merece quien á un pobre muerto
Vuelve á la vida con su aplauso ingenuo
Antiespasmódico.

Ver mis exequias por tu gracia pude,
Fuiste tú el Verdi de esa partitura,
Suénder fué el Preste que entonó los *Kirie*
Con treinta y nueve

Bravos amigos, ángeles de pluma
Tan cariñosos que, al llegar al *Libera*,
Sustituyeron triste *Requiescat*
Con un *¡Resurgat!*

Mas ¡ay! ¡que el mundo con glacial apremio,
Viéneme al cobro de anticipos tales;
Déficit fuerte para el cual no tengo
Ni una peseta!

Pero te juro que si vivo un lustro,
(Teste me sea Júpiter tunante),
Sólo en un lustro compondré tan nuevos
Ópimos libros

Que, al recorrerlos, las futuras gentes,
Visto el esfuerzo de Comenge y Suénder,
Quizás exclamen con acento plácido:
« ¡Tuvo vergüenza! »

29 Marzo 1893.

(1) Escrita con motivo del libro-homenaje que se regaló á Letamendi en el día de su Santo.

¿QUÉ ES DE PEDRO G. VELASCO!

Discurso presidencial final, pronunciado en la sesión extraordinaria celebrada el 21 de Noviembre de 1882, para honrar la memoria de este insigne anatómico

RESPETABLES SEÑORAS Y SEÑORES:

Siempre la muerte fué para los vivos causa y asunto de los más trascendentales pensamientos; siempre su enfática mudez la inspiradora de las más elocuentes manifestaciones del espíritu humano. Se-
meja la muerte á aquellos marmóreos torsos, resto mutilado de la antigua Estatuaria, cuya vista despierta en nuestro ánimo el afán de averiguar dónde para la extraviada testa de tan portentosa escultura.—Sí: ante la muerte, todo nuestro empeño se concentra en inquirir qué fué de aquello que le falta al muerto, para continuar siendo, como antes había sido, hermano nuestro.

Por esto, ante un cadáver, todos, ricos y pobres, buenos y malos, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos, valerosos y timoratos, creyentes é incrédulos, todos, todos sin distinción, tornan filósofos. Y es que, como á todos interesa ver resuelto el arduo problema del humano destino, y la vida en salud suele por dicha andar muy distraída de la muerte, acontece que sólo al tropezar con un cadáver echamos de ver que en realidad somos mortales, y sólo entonces despierta en nuestra mente la urgencia de descubrir cuál sea la suerte reservada á nuestro espíritu. De ese tristísimo encuentro de la total humanidad con la muerte vemos surgir el Arte como expresión ideal del sentimiento, la Filosofía como fórmula ideal del entendimiento y la Religión como ideal tendencia del humano albedrío.

En vano se recurre al artificio del embalsamamiento para dar al cadáver el aspecto de un durmiente, en vano; que no ha de consolar al corazón lo que á duras penas logra ilusionar los sentidos. Y aun, si bien se reflexiona, con inyectar en las venas del cuerpo muerto las más exquisitas esencias, á fin de librarle de corrupción, no hacemos más que sustituir groseramente con tales substancias esta otra, el alma, que difundida por lo más íntimo de los vasos y los nervios, los huesos y las carnes, no sólo nos mantiene embalsamados en vida é incorruptos, sino que aún nos da virtud para trocar toda corruptela exterior en propio y vital sustento.

Esta singular esencia, que hace de la vida animado embalsamamiento, es la que el nombre propio de cada personalidad predica; y,

pues, Pedro Velasco no es la inerte masa orgánica que en vías de momificación yace en la cripta abierta por su propio dueño en el Museo Antropológico, sino su alma, su espíritu, su moral y vital sujeto, y esto último es lo que hemos perdido, claro está que el piadoso afán de nuestro corazón consiste en saber ¿qué es de Pedro Velasco.....!

Harto difícil ha de ser á la mente dar contestación categórica á esta pregunta del atribulado corazón; y si á solas el más resuelto ánimo vacila en semejante paso, ¿cómo no ha de vacilar quien, como yo, discurre con el carácter de intérprete de una multitud tan numerosa, varia é ilustrada? Porque si es cierto que la muerte sugiere á todos igual pregunta, no lo es menos que cada cual se la contesta á sí propio según su carácter, su educación y sus sentimientos; y bien así como un rayo de sol, con ser el mismo para todo cuerpo, es, sin embargo, correspondido de diversa manera, por el prisma con un iris, por el éter sulfúrico con su evaporación, por la placa de selenio con un leve murmullo y por determinadas sales con su instantánea reducción, así también á la pregunta sugerida por el cadáver contestan variadamente los hombres, solicitados como andan por las distintas religiones, las diferentes filosofías y los diversos ideales artísticos que las naturales cambiantes del carácter humano han ido engendrando en la Historia.

Permitidme, pues, que, tomando en cuenta todas estas dificultades de mi empresa, recorra con paso, si bien apresurado, firme, cuantas soluciones ha tenido y puede en lo humano tener nuestro problema, á fin de ver si podemos traslucir qué es de Pedro Velasco, qué es de aquel ser cuya ausencia deja hoy sumidos en la miseria su cuerpo, en la desolación á su viuda, en fría orfandad á sus discípulos y en honda pena á sus amigos y compañeros.

¿Es que Pedro Velasco no fué nada; no fué más que mera forma; ampolla de jabón que al reventar dejó en nuestras manos un leve resto de materia informe y cuya alma sólo consistía en su redondez, y que, por tanto, es inútil buscar como algo póstumo á quien nada positivo fué en vida? — Duro es creerlo, y la total humanidad se resiste á consentirlo. Cuantas veces la Filosofía se ha ido extraviando, con tales imaginaciones, del justo sendero del común sentir, otras tantas algún coloso de la razón ha venido á reencaminarla, proclamando la positiva realidad del espíritu humano. Sócrates y Descartes quedan en la Historia para dejarme verdadero. Ello es que si Pedro Velasco no fué nada, nadie soy yo, nadie mis semejantes; por donde llegamos á la donosa insensatez de que un jurado de nulidades sea

quien pronuncie el veredicto de nulidad de un semejante suyo. Desde el punto y hora en que afirmamos de nuestra nulidad, todo resulta anonadado y vano, y desaparecen del mundo religión, filosofía y arte; es decir, cuanto de humano la humanidad encierra.

Paréceme, pues, natural creer que Pedro Velasco no fué un engaño, sino un ser real, un espíritu positivo.

Pero ¿será quizá que Pedro Velasco sólo durante la vida fué positivo sér, de suerte que en la agonía vino aquella alma á resolverse por completo, absorbiéndose en el inmenso seno sin entrañas, llamado por antiguos filósofos la NADA, de donde todo surge y donde todo fenece? Esto equivale á decir que, en el agónico empeño, sólo Pedro Velasco sucumbió de muerte, quedando su cadáver presto, de puro vivo, á entrar al servicio de otras vidas. ¡Dura suposición, si no fuera absurda! ¿Cuándo ni cómo puede la razón humana concebir, y menos aún imaginar, que la NADA sea germen ni tumba de cosa alguna? Si la idea de un Dios se funda en la necesidad racional de que la doble inmensidad de espacio y tiempo, considerada como capacidad, esté repleta de ALGO, por decirlo así, macizo, ¿qué racional apoyo puede acreditar el supuesto de una NADA inmensa, eterna, y para mayor escarnio, omnipotente....!—Delirios de aberrante fantasía, que no conceptos de sano entendimiento son éstos. Si, pues, Pedro Velasco fué alguien, alguien es hoy, y es menester buscarle.

Mas aquí se levanta otro dogma que dice: «Dios y Naturaleza son idénticos, quedando ésta reducida al aspecto fenomenal de Dios, ante Dios mismo, de quien toda criatura es, en consecuencia, parte integrante; por tanto, no busques á Pedro Velasco; su espíritu fué una parte de Dios, á quien hoy toca el turno del reposo.»—A ser esto verdad, habíamos perdido á nuestro amigo en el punto mismo de encontrarle; mas como esto no puede ser, como no se concibe en el Ser pleno el fútil pasatiempo de dividirse en partes, á fin de que cada parte ande buscando, y á duras penas vislumbrando el todo, entre virtudes y vicios, concupiscencia y contrición, amarguras, duelos, lágrimas y desengaños, para volver, á la fin y postre, á su propio seno á celebrar el ingenioso engaño de su propio engaño, pasemos de largo este insostenible supuesto, y busquemos en otra dirección el destino final de nuestro amigo.

¿Será que el alma de Pedro Velasco, por virtud transmigratoria, fué antes espíritu informador de otros seres, y hoy, terminada la reciente encarnación, bajo la cual le conocimos y amamos, trabaja ya para evolucionar bajo la forma de otra personalidad, habiendo recibido como tal Pedro Velasco la sanción correspondiente á faltas come-

tidas en anteriores encarnaciones, y preparándose á corregir y depurar su esencia en las encarnaciones posteriores? ¡Peregrina hipótesis, que vuelca toda noción fundamental acerca de la responsabilidad y la pena! Si al pasar de un cuerpo á otro el alma de nuestro amigo hubiese conservado clara conciencia de su identidad substancial, claro también hubiera acumulado y mantenido en su memoria el recuerdo de su conducta en sus pasadas incorporaciones, y sólo en este supuesto pudieran haber sido, y continuar siendo, edificantes, así los premios como los castigos, á que su comportamiento durante una de sus vidas le hubiese hecho acreedor; mas no siendo esto así, no recordando el ánima transmigrante, ni recordándole nadie, sus pasadas vidas, toda pena y todo galardón posteriores carecen de sentido jurídico. Por tanto, la hipótesis de la transmigración es inicua, más inicua aún que cualquier Código, en cuya virtud os fuera exigida á vosotros estrecha cuenta de las culpas mías y á mí se me confiere el premio á que vosotros os hubiérais hecho acreedores por vuestros merecimientos.

Apurados estos cuatro supuestos, á cada uno de los cuales corresponde entre los hombres un dogma y una manera de pensar y de sentir, queda reducida toda ulterior investigación á lo que llamaré los tres lugares trascendentales del catolicismo, á saber: infierno, purgatorio, cielo.

Cuando el amor y la gratitud que á Pedro Velasco me ligaban, y el conocimiento adquirido de la intrínseca bondad de su corazón no fueran parte á dar por excusada toda excursión al primero de esos tres lugares dogmáticos, bastaría para ello una superior consideración, y es que no puedo creer en la definitiva eterna condenación de una alma humana. Me explicaré:—Yo no niego el infierno; lejos de mí tan subversivo intento; empero me inclino á sospechar que, en lo que al lugar de perdurable expiación se refiere, no plugo á la divina Revelación ser explícita por completo. Innúmeros son los mundos; uno el averno: ¿quién sabe si entre tan asombrosa, y para nosotros ignota variedad de seres racionales, como deben de poblar las incontables nebulosas, los hay cuyas culpas—¡horror causa pensarlo!—puedan, por su enormidad, merecer en justicia que Dios, no sólo arroje sus ánimas al fuego eterno, sino que además encargue su martirio á aquellos mismos ángeles protervos, sus mayores enemigos, á quienes El consiente la vil industria de la tentación al mal?

¿Quién sabe? De los hombres cabe asegurar que, cuanto más el progreso de nuestra cultura esclarece las ideas de delito y pena, más y más propendemos á la supresión, así de la de muerte, como de toda

sanción expiatoria de carácter perpetuo; y á esto se debe precisamente la imposibilidad de concebir que las culpas humanas,—las cuales, por graves que se las suponga, y aun cuanto más graves más, si de una parte arrojan un fondo de positiva responsabilidad, arrojan también de otra un contingente de afección, monstruosidad ó flaqueza,—lleguen en ningún caso á merecer, como divina sanción, el fuego perdurable, irredimible, eterno. No; no se hizo el infierno para las miserables y desvalidas almas de los hombres.

Entonces, ¿hallaráse la de nuestro malogrado amigo en aquel otro lugar de temporal martirio y esperanzada expiación llamado purgatorio?—No me parece probable, por cuanto, aun absteniéndome de toda disquisición acerca de ese lugar dogmático, recordaré que Pedro Velasco había amado y sufrido mucho en esta mortal vida, y llevaba, en consecuencia, al despedirse de su cuerpo, grandes alcances de expiación. Franco, enérgico, laborioso, perseverante, hijo de la indigencia, padre de un caudal penosamente acumulado y fundador de un Instituto donde petrificó ese caudal, santificó su trabajo y transformó en elementos de progreso común sus propias amarguras, reservándose tan sólo para sí el usufructo de una afección de corazón que le llevó al sepulcro, pertenece indiscutiblemente nuestro llorado amigo á la noble falange de los mártires, no á la ruín muchedumbre de vulgares pecadores.

No hay, pues, para qué buscar el alma de Velasco en el purgatorio; todo induce á creer que está en el cielo. Sí; ayudadme á creerlo; está en el cielo; porque, aun cuando ninguno de nosotros pueda afirmar que el infeliz murió perfectamente justo (porque de los estados de conciencia, de lo que se agita en ese íntimo mundo espiritual, que es, después de todo, el más positivo de los mundos, sólo el sujeto mismo puede afirmar y sólo á Velasco fué, por tanto, dado saber de la conciencia de Velasco), no puedo por mi parte dudar de la justificación divina. No lo dudéis; el alma de nuestro amigo está en el cielo.—Y de otra parte, ¿qué mayor purgatorio que verse ante Dios y sentirse aún inmerecedor de contemplarle, y qué mejor rehabilitación que el mismo acerbo dolor de una conciencia ya libre de todo carnal influjo?

Ahora bien; si participáis de mi creencia, felicitémonos todos de ver al alma de nuestro amigo tan bienaventuradamente aposentada; felicitémonos por él, por cuanto disfruta ya de una paz eternamente garantida; felicitémonos por nosotros mismos, por cuanto el cielo, que no es ni puede ser avaro, nos consiente que una parte de fuerza viva del enérgico espíritu de Velasco influya por virtual presencia entre nosotros.

Porque Velasco, no lo dudéis, está ahora aquí, á mi lado, presidiendo y animando ésta su fiesta póstuma. Hay más; reflexionad y veréis claramente que al concurrir á este acto no obedecisteis á la mera invitación de una Junta organizadora, la cual ninguna influencia podía por sí sola ejercer sobre vosotros, sino que obrasteis movidos por la voz del mismo Pedro Velasco, que al oído, y con toda la eficacia y desinterés de un muerto, decía á cada uno de vosotros: «Ve; no faltes, que será un bien para tí.»

Y tenía razón el muerto, porque todo aquel que honra los manes de un hombre ilustre, se ennoblece y perfecciona á sí mismo y honra á su patria y á la humanidad.

Justo es, pues, que si cada uno de vosotros obedece todavía á la virtualidad de Velasco, á aquel amor que aun después de muerto le profesáis, y que él en vida os infundiera, concentréis todos á una esos individuales afectos sobre este busto, donde el arte dió á la indiferente materia la vida de la forma de nuestro perdido amigo. Ved ya cómo se anima, ved cómo al proyectarse en él el intenso foco del colectivo sentimiento, parece como que va á desplegar los labios para daros las gracias. Así, así queremos verle todos; este es el momento oportuno de coronarle vivo. Venid, llegaos, dignos discípulos del insigne maestro; corred á completar esta fugaz resurrección, colocando en las sienes de la animada escultura la láurea merecida; que al realizarlo sentiréis cómo vuestro propio espíritu se vigoriza, templa y agiganta para acometer, á su vez, en lo porvenir las más grandes y gloriosas empresas.

HE DICHO.

Acto seguido se procedió á la coronación del busto de Velasco en medio de entusiastas aplausos.

EN EL ÁLBUM DE CAZA DE D. ALFONSO OLIVEDA

En arte venatoria, estoy por la caza de buenas mozas. Caza es ésta barata de armas y municiones, liviana de traje, franca de mantener perros y siempre sabrosa, por vedada siempre.

Si á esto se añade que la mujer se come cruda, ó á lo más curada, como pernil, pareceme fuera de duda que la caza de autos realiza el ideal de las gangas venatorias.

Madrid y San Isidro de 1895.

EL PROBLEMA TERAPÉUTICO EN LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XIX

Desde hace veintitrés siglos está planteado, en términos propiamente humanos, el problema de devolver por medios naturales á los enfermos la salud perdida, y ello es que, á despecho de tan larga espera y de la suma, la variedad y la excelencia de energías empleadas en intentar resolverle, fuerza es reconocer que estamos aún muy lejos, no ya de una solución definitiva, sino hasta de una solución provisional buenamente aceptable, así en la esfera social como en la clínica.

Inculcar esta verdad, precisamente en aquellos espíritus que, bien por obcecación, bien por engreimiento nacido del oropel de modernas novedades, bien, en fin, por desidia de elevar su propio pensamiento, habrán de resistirse con mayor obstinación á reconocerla; he aquí el objeto final de la serie de artículos que me propongo editar en las páginas de esta interesante Revista, y de los cuales el presente no es más que un anticipado sumario.

Así, digo: que comenzaré con una breve pero obligada referencia á Hipócrates, considerado á la vez como terapeuta expectante y terapeuta militante, y, además, como verdadero modelo de aquellas dotes y virtudes que favorecen el éxito del tratamiento, fijándome con tal ocasión en la respectiva esencia de la *expectación* y de la *lucha* terapéuticas. Examinaré luego la relación histórica entre el predicamento de la una y de la otra, dentro de una misma época, y la influencia de esta relación sobre los fundamentos del pronóstico, y, visto todo ello, pasaré á estudiar con todo rigor cómo y de qué manera las condiciones geniales, intelectuales y morales del práctico influyen de un modo decisivo en el éxito del tratamiento, á fin de juzgar, con seguro criterio, cuáles sean los obligados elementos de una perfecta *educación* clínica, así entre las sumidades del Arte como entre la generalidad de los prácticos; terminando esta parte con un bosquejo del estado actual de la *educación médica* en todo lugar, y muy especialmente en nuestra patria.

Hecho lo cual, pasaré á analizar, de una parte, los elementos de éxito terapéutico que al Médico proporciona el conocimiento, ya intuitivo-genial, ya histórico (ó por acumulado trato) del enfermo, y de otra, los que surgen del conocimiento *auto-empírico* de la *acción fisiológica* de los remedios, ya que no esté en la propia voluntad, sino en la falta de la propia salud, el obtenerle de la *acción terapéutica*; con-

cluyendo esta parte de mis reflexiones con algunas otras, encaminadas á poner de relieve la perfecta compatibilidad entre la baratura de un tratamiento y la eficacia de su resultado, y por ende la conveniencia de atender mucho, muchísimo, á que la carestía de la cura, aun resultando tal cura, no constituya para el enfermo el equivalente de otra quizá más grave enfermedad.

Á continuación de lo expuesto, es mi ánimo ocuparme sucesivamente en la justipreciación de la Materia terapéutica *antigua*, de la *moderna* y de la *contemporánea*; dedicando particular atención á la Hidroterapia, la Hidrología minero-medicinal, la Balnearia fluvial y marítima, la Neumoterapia, la Naoterapia, la Electroterapia (voltaismo, franklinismo, magnetismo, metal-lismo, etc.), y, por último, á la Psicoterapia; poniendo natural remate á mi estudio una síntesis clínica de todo lo expuesto, un juicio comparado entre lo que científicamente poseemos y lo que profesionalmente utilizamos; un recuento de las causas de la enorme pérdida de esfuerzos que la sociedad debiera beneficiar como éxitos terapéuticos, y no beneficia, y, por último, aquellos poquitos consejos que largos años de profesión y meditación me sugieren, encaminados á contribuir, en la medida, por cierto muy limitada, de mis fuerzas á la rectificación de las ideas y las costumbres de mi tiempo en todo cuanto á la solución del *problema terapéutico* se refiere.

Y todo lo antepropuesto pienso cumplirlo, si bien á hurtadillas de mis obligaciones, y como á salto de mata, si es que Dios no dispone lo contrario.

Rev. de Med. y Farm., 15 de Octubre de 1891.

UN POCO DE BUEN HUMOR, POR VÍA DE POSTRE HIGIENICO

AVISO IMPORTANTE

Se suplica á todos nuestros amigos y conocidos, que siempre y cuando al encontrarnos por la calle ó en sociedad deseen enterarse de nuestro bienestar, se sirvan hacerlo por circunloquio, v. gr.: «¿que tal va ese cuerpo?» «¿está V. bueno?» «¿sigue V. famoso como siempre?» etc.; porque hace cosa de un mes que cuando á derechas se nos pregunta «¿cómo va la salud?» nos quedamos perplejos, no acertando á comprender si se nos pregunta cómo nos llevamos de cuerpo ó cómo estamos de suscritores.

La Salud.

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria.	
Nuestra bandera.....	1
Proemio de la <i>Misa de Requiem</i>	9
Caridad y egoísmo.....	12
Cantares en prosa.....	16
Aforismo.....	18
La mujer (estudio social).....	22
La aprensión.....	32
Un comentario á Platón sobre motivos de una pluma de oro.....	33
Breves reflexiones sobre la libertad filosófica.....	41
La educación social.....	46
La educación de la voluntad como base de la Higiene.....	56
Pensamientos.....	65
La aparición de Ricardo Wagner, deducida de la naturaleza del arte teatral.....	66
Pensamientos.....	82
Arte de perorar con éxito sin ser orador (esbozo de un libro inédito).....	83
Juicio postremo de Ricardo Wagner.....	108
Una cláusula negativa del testamento de Wagner.....	111
Breves reflexiones acerca de los fundamentos filosóficos de una política estable, conforme con la razón universal y las tendencias del siglo XIX.	120
Juicio práctico acerca del trancezo.....	137
Algo muy útil para el militar en Indias.....	141
Proclama cursi (poesía humorística).....	143
Un poco de aforística.....	146
Satiricón médico: Una velada en casa del boticario Truchela.....	147
Concordancias entre la voz y el carácter de Julián Gayarre.....	160
Cesare Augusto Casella.....	164
Discurso de la Sociedad Barcelonesa de vacunación animal.....	168
Galeno... ..	173
La vera caridad y sus capitales excelencias.....	186
Pensamientos.....	192
La verdad sobre las aberraciones y los delitos en el orden sexual.....	193
Pensamientos.....	214
HIGIENE DOGMÁTICA.—Concepto real de la vida.....	215
La política conservadora..... del pellejo.....	219
Higiene personal.. ..	224